

# EL PESO del ACERO

Miguel Huertas

MOROCHO 118

**INIA**  
ACUEDA  
MOROCHO

**Si te gusta este libro,  
no dudes de compartirlo  
con tus amigos.**

**Si quieres adquirir la versión  
impresa la puedes comprar aquí:**

**944 787 051**

**info@acuedi.org**



**Si te gusta este libro,  
no dudes de compartirlo  
con tus amigos.**

**Si quieres adquirir la versión  
impresa la puedes comprar aquí:**

**944 787 051**

**info@acuedi.org**



A Joana,  
mujer esculpida en madera

**Si te gusta este libro,  
no dudes de compartirlo  
con tus amigos.**

**Si quieres adquirir la versión  
impresa la puedes comprar aquí:**

**944 787 051**

**info@acuedi.org**



# EL PESO DEL ACERO

Miguel Huertas



Colección Úrsula Le Guin  
02



El peso del acero

© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2018

© Miguel Huertas, 2018

Diseño y diagramación:

Héctor Huerto Vizcarra

Diseño e ilustración de cubierta:

Rafé Núnjar Tovar

Editado por:

Asociación por la Cultura y Educación Digital

ACUEDI Ediciones

Calle Vertiente N° 179 - La Molina

RUC: 20546738419

hector@acuedi.org

Impreso por: Denys Aire Dávalos

Prolongación Huamanga 256-255 - La Victoria

Diciembre 2018

Primera edición - Diciembre 2018

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN:

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N°

# Índice

El mundo que muere.....	9
El precio de la guerra.....	23
Sólo el acero.....	51
Raíces.....	87
Un nuevo amanecer.....	125
Corazón de cuero.....	169
Ñabitantes de la nada.....	203
Susurros en la montaña.....	237
Épitafo de luna.....	263
El fin del camino.....	325
Luz de estrellas.....	365

**Si te gusta este libro,  
no dudes de compartirlo  
con tus amigos.**

**Si quieres adquirir la versión  
impresa la puedes comprar aquí:**

**944 787 051**

**info@acuedi.org**



## Capítulo 1

# El mundo que muere

l forastero bajó de las montañas tras haber matado a un hombre. Llegó al pueblo con las últimas horas de luz y entró en la posada con caminar pesado. El único saludo que recibió fueron miradas entrecerradas.

El recién llegado era distinto a cuanto estaban acostumbrados los lugareños. Era un hombre muy alto, tanto que había tenido que agacharse al entrar para no dar con su cabeza en el marco de la puerta, y al mismo tiempo demasiado flaco. Aunque sus hombros eran anchos, sus miembros eran largos y delgados, y en conjunto era demasiado enjuto como para parecer saludable. Tenía el cabello más corto de lo normal, áspero y de color humo. El rostro que aparecía bajo él era anguloso, como tallado en un bloque de madera, con la piel tirante bajo los pómulos, y de rasgos tristes. Sus ojos eran duros y fríos como pequeñas piedras pulidas. Tenía el aspecto de un lobo famélico.

La capa oscura en la que venía arrebujado dejaba entrever bajo ella un justillo de cuero con discos de hierro negro sobre el pecho, y pesadas botas que habían visto tiempos mejores. Pero lo más llamativo era la espada; un arma grande y pesada que parecía a punto de doblarle la espalda.

El forastero hizo lo posible por evitar las miradas de los presentes y ocupó una mesa pequeña y apartada de la hoguera pese a que parecía aterido de frío, dejándose caer en la silla de

## El peso del acero

madera como si sus piernas se negasen a sostenerlo más. Algo brilló en la parte baja de su espalda cuando echó la capa un lado. Un puñal, curvo como uña de bruja.

Tras unos instantes de indecisión, el posadero mandó a su hijo mayor a ver qué disponía el desconocido. El forastero pidió y devoró media hogaza de pan negro con queso, un hondo plato de estofado montañés y dos pichelos de la cerveza tibia del lugar, y demostró tener buenas piezas de cobre con las que pagar las viandas. Esto último tranquilizó notablemente al posadero. Sin embargo, muchos de los presentes observaban al recién llegado cada vez con más inquietud. Comía pausadamente, sin levantar la mirada de su plato, pero mantenía la espada apoyada en el borde de la mesa y siempre al alcance de la mano.

No pasó mucho tiempo antes de que un susurro, «rebacuellos», recorriese como una ola a los lugareños, y sólo un poco más hasta que uno de ellos apurase su jarrita de vino ácido y marchase a buscar al alguacil.

El forastero había fingido no percatarse de la atención apenas disimulada ni de los susurros acusatorios, y aún le dio tiempo a pedir otro pichel de cerveza tibia antes de que nadie apareciese. Tras beber un sorbo, hizo un gesto al posadero, quien esta vez envió a su esposa. Parecía temer que el extranjero fuese a contagiarlo de una oscura enfermedad o, aún peor, obsequiarle con medio palmo de hierro en la tripas.

—Comadre, ¿queda cerca Pie de Doncella?

El forastero tenía la voz baja y ronca.

—Lamento decir que no, buen hombre. Esto es Buen Arroyo —respondió ella con más arrestos que su esposo.

—Necesito llegar a Tres Alisos.

—Eso está cerca del Espinazo Roto, ¿no? ¿Venís de las montañas? —Él asintió una sola vez, lentamente—. Entonces diría que habéis errado el camino, tomando el sendero equivocado en Pico del Oso.

El desconocido no dijo nada, ni siquiera pareció contrariado por la noticia, simplemente indicó con un silencioso gesto que no precisaba nada más. Cuando los intranquilos aldeanos ya

pensaban que el sospechoso extranjero iba a tener tiempo incluso de echar una cabezada, el alguacil hizo acto de presencia. Era un hombre brutal, de largo mostacho negro que le llegaba al mentón. Vestía un tabardo de cuero reforzado, y como de costumbre, tenía los pulgares enganchados en un cinturón del que colgaba una maza corta erizada de púas de metal negro. Incluso él miró largamente al desconocido y pareció respirar hondo antes de acercarse a grandes pasos.

Esta vez, el forastero sí alzó la vista de su pichel casi vacío y puso las manos sobre la tabla de la mesa, tan cerca de la empuñadura de su espada que el alguacil se detuvo bruscamente a dos pasos de él.

—¿Qué intenciones os traen a este pueblo? —gruñó el que estaba de pie, tirándose del extremo negro de su bigote.

—Erré mi camino, alguacil. Me marcharé por la mañana después de pasar la noche aquí.

—No lo creo —murmuró el alguacil acercándose un paso más, con la mano casualmente posada sobre el mango de la maza—. En estas tierras no se le da la bienvenida a cierto tipo de gente.

—¿Y qué tipo de gente es esa?

A pesar de que había hablado con voz tranquila, sus ojos hervían con advertencia y la mirada atenta del alguacil saltaba de la mano del extranjero al pomo de su espada, apoyado contra el borde de la mesa. Cuando parecía a punto de responder, una tercera persona entró en la posada provocando una agitada avalancha de murmullos entre los lugareños, que hasta entonces observaban en tenso silencio.

Se trataba de un hombre joven, pesado y rubicundo, de pelo ondulado y castaño. Su jubón verde tenía bordados tres perros color plata y caminaba como si todos los alrededores le pertenecieran. El alguacil dio un paso atrás e inclinó la cabeza con respeto.

—Me complacería hablar un instante con nuestro más reciente invitado, Fedor.

—Se hará como digáis, mi señor.

## El peso del acero

El alguacil se retiró varios pasos. La mirada autoritaria que paseó por el lugar obligó a los lugareños a bajar la vista hacia sus jarras de barro y preocuparse de sus propios asuntos. El recién llegado tomó asiento frente al forastero. Su voz tenía el tono suave y bien modulado de quien sabe leer y escribir.

—Espero que podáis comprender a Fedor, maese. Tan sólo pretendía cumplir con su deber, como un buen perro guardián. Los campesinos no están acostumbrados a los desconocidos como vos en estas tierras. Se ponen nerviosos.

—No soy maese —replicó el forastero.

—Desde luego, desde luego —respondió el otro con una sonrisa confiada—. Decidme, si os complace, ¿cuál es vuestro nombre?

—Domenec.

—Bien, Domenec. Vos habláis con German de Allera, aunque podéis dirigiros a mí como «mi señor». Velo por estas tierras en nombre del condestable.

El jubón bordado que llevaba el hacendado posiblemente era más valioso que todas las pertenencias de quienes estaban en ese momento en la posada y de su cuello colgaba un pesado medallón de oro y bronce, con la cabeza grabada de un sabueso. Sin embargo, el forastero había visto con sus propios ojos a los príncipes mercaderes de más allá del mar y no se impresionaba fácilmente. German de Allera sonrió ante el silencio del desconocido.

—La parquedad de palabras es una ventaja para los de vuestra ocupación, Domenec. Tengo un asunto que tratar con vos, una incomodidad de la que no me importaría deshacerme, si comprendéis.

El forastero, que comprendía, dijo:

—No soy un rebanacuellos.

—Por supuesto que no. Ni pretendía ofenderos con ese nombre, creedme. Una espada a sueldo suena más elegante, aunque yo prefiero consideraros una persona que conoce el valor de la vida... Su valor exacto. Yo también creo conocer ese valor y estimaría que ronda las veinte piezas de plata. La mitad ahora, la

mitad al terminar. Es un buen puñado de monedas por tan sólo un golpe de vuestra espada.

El forastero se limitó a mirar a Allera, quien interpretó el silencio como conformidad.

—Veréis, se trata de una cuestión que me supone un gran pesar. La incomodidad en cuestión es una mala víbora llamada Sidhe, una mujer de cabello como el fuego que... Bueno, debo reconocerlo, jugó conmigo y con mi corazón, haciendo promesas que no pretendía cumplir, tendiéndome puentes para derrumbarlos poco después. Ya veis, una mujer sin honor que me hizo perder el mío. Y eso no puedo tolerarlo.

El forastero escuchó en silencio las palabras del hacendado, y después se encogió de hombros.

—Lamento vuestras tribulaciones, pero no tengo intención de matar a mujer alguna. Ni a hombre alguno, ya puestos.

Las mejillas del noble parecieron encenderse un momento, pero después volvieron a su color habitual y Allera se limitó a sonreír acariciando su medallón.

—Pero ya habéis matado, ¿no es así, Domenec? Acaban de encontrar lo que hay en la posta, remontando el sendero de la montaña. Unas heridas horribles, esas que causa vuestra espada.

El forastero parpadeó.

—Las montañas están llenas de criminales, y de demonios.

—Por lo visto se trata de toda una carnicería y lleváis toda una hoja de carnicero— Allera golpeó el medallón con la uña—. Hombre o espíritu vengador... poco importa. Mi voz es la ley en esta tierra.

El forastero parpadeó de nuevo.

—¿No tengo elección, entonces?

—Siempre hay elección, Domenec. Una de vuestras opciones es hacer lo que os pido, lavar mi vergüenza y mi deshonra con la sangre de esa mala mujer, y continuar vuestro camino con más plata que antes en vuestra bolsa. La otra es ser ahorcado por asesinato. Fuera de la posada esperan cinco de los hombres del alguacil. No me cabe duda que sabréis blandir bien ese arma, pero

## El peso del acero

son demasiados —La sonrisa de Allera era cada vez más amplia—.  
¿Qué elegiréis, Domenec? ¿La plata o la sogá?

—Es una elección fácil... mi señor —gruñó el forastero inclinando la cabeza.

\* \* \*

El sol estaba en su cénit, aunque no calentaba lo suficiente como para hacerle sudar. Llegó a lo alto de la colina, sintiendo el tintineo de las diez piezas de plata en su bolsa. A una docena de pasos a su derecha, el molino derruido se alzaba como un cadáver medio podrido, con la mayoría de las rocas que lo habían formado esparcidas alrededor de la única pared que quedaba en pie. El arroyo que le había dado vida y que daba nombre al pueblo era marrón y poco caudaloso, aunque aun así se hacía oír por encima del leve soplido del viento. Supuso que en otros tiempos el arroyo había tenido la fuerza suficiente como para mover las aspas ya desaparecidas del molino. Mucho antes que muchas cosas.

Según el hacendado, esa mujer, Sidhe, solía vagar por las ruinas del molino al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto. Domenec meditaba si la noticia se había propagado y que la mujer simplemente había abandonado el pueblo al amparo de la noche, como debería haber hecho tiempo atrás, cuando vio su silueta destacando sobre la piedra gris de la pared del viejo molino.

Sidhe era poseedora de una belleza distinta; más indómita, más salvaje. Tenía la piel del color de la luna, salpicada de pecas que formaban una curiosa constelación sobre su cuerpo. Su cabello caía sobre sus hombros y espalda en bucles hipnóticos del color de las llamas a punto de extinguirse. Vestía ropas de tela basta como las campesinas, pero llevaba la falda rasgada para permitir la libertad de movimientos y llevaba un aro de bronce alrededor del brazo, por encima del codo. Domenec entrecerró los ojos al ver el adorno.

Miró al forastero con ojos del color del musgo y dijo con voz tranquila:

—Has venido a matarme.

—Debiste huir de tu antiguo amante antes de encontrarse a alguien para blandir el acero, Sidhe —respondió llevando una mano a la empuñadura de su espada y avanzando a pasos largos y pesados—. Ahora ya es tarde.

La mujer, en lugar de retroceder asustada, avanzó con movimientos flexibles y ligeros como los de un gato de montaña. Sintió el calor de sus ojos verdes contra la piel.

—Las hijas de la tierra no huyen, forastero.

Domenec pudo ver las líneas retorcidas, azules como el cielo al anochecer sobre la piel blanca de la mujer, apenas disimuladas por sus ropas. Asintió, despacio.

—No me corresponde juzgar qué actos son pecados, si los tuyos o los de él. Sólo debo blandir la espada.

El forastero desenvainó el acero, que brilló y cantó al cortar el aire.

—No puedes huir del juicio —dijo ella mirándole a los ojos cuando él se disponía a golpear—. Sabes de cuál hablo, ¿verdad?

El acero se detuvo por un momento. Siempre es durante un momento.

—No sabes nada sobre mí —gruñó el forastero.

Pero sentía cómo esos ojos de color musgo arañaban su coraza, le arrancaban el pecho y escrutaban su interior hasta tocar fondo. Y ahí dejaban su marca.

—Eres tú quien no sabe nada de mí, forastero. Sin embargo, has elegido matarme.

—No tengo elección, Sidhe.

—Siempre hay elección.

—Debiste elegir la huida antes que provocar los celos y el despecho del hombre más poderoso de estas tierras. Si no soy yo, mañana será otro u otro al siguiente día. El acero llegará.

Sidhe echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, sonora como el trino de un pájaro salvaje.

—¿Eso es lo que te ha dicho? Esa historia de amores es mentira. German no quiere matarme por despecho, quiere matar el conocimiento. El conocimiento que yo poseo.

## El peso del acero

La punta de acero de la espada del forastero bajó lentamente hasta tocar la tierra.

—Eso es un torque —murmuró Domenec mirando el aro de bronce que tenía la mujer en su brazo—. La marca del viejo pueblo...

La mirada de Sidhe, verde y antigua como los bosques que habían visto el amanecer de los seres humanos, le atravesó con una intensidad que no habría creído posible.

—Soy conocimiento. Soy el saber de las hierbas y de la luna, del arroyo y la montaña. Soy la sangre de los pueblos del bronce, que hablaban la lengua de la verdad. Soy vida y soy muerte. *Aes Sidhe*. Celta. Bruja.

El forastero apretó los dientes y una línea se marcó en su mandíbula.

—Allera te dijo que acudieras aquí a mediodía porque cree que el sol me hace daño, que sólo en la oscuridad puedo tejer encantamientos... perro ignorante. *Gallaibh*. Él sólo quiere exterminar el conocimiento antiguo, el saber de las plantas y la tierra, de las que daban vida y trataban con la muerte. No tiene nada que ver con el amor, con los celos, ni con la deshonra. Sólo se trata de arrancar las raíces del viejo mundo. Y quemarlas.

—Los motivos no importan, Sidhe. Sólo el acero.

Sin embargo, los ojos de ella, ojos antiguos que ardían con el recuerdo de pueblos casi extintos, no se desviaban a la hoja de espada, no cedían. Sólo miraban.

—No me conoces, forastero, pero yo sí te conozco. Eres un hombre violento, un hombre de acero y de sangre. Pero también eres algo más. Otro tipo de hombre ya habría golpeado, regando esta tierra con la sangre de la última *sidhe*. No lo haces por la plata, ¿no es así? Eres como un barco sin remos ni timón, el viento gris sopla y te arrastra hacia donde no quieres ir. Pero no puedes elegir, así que aprietas los dientes y vas. Pero ahí te equivocas, forastero. Siempre hay elección.

Los ojos de la mujer nadaban en él, buceaban, dominándole con su hechizo. Pero el momento pasó, y el hechizo se quebró en mil pedazos como si jamás hubiese existido. El forastero levantó el acero.

\* \* \*

German de Allera esperaba junto al granero, en el linde del bosque, tal y cómo habían convenido. Se hacía acompañar por dos de los hombres del alguacil, ya que tenía la bolsa de monedas en la mano, mientras se la pasaba de una mano regordeta a la otra con impaciencia.

Domenec vio cómo el rostro del hacendado se iluminaba con una ancha sonrisa al verle aparecer, y cómo se hacía aún más ancha al distinguir la bolsa de tela basta oscurecida con el color inconfundible de la sangre que portaba al cinto. La bolsa se sacudía a cada paso, dejando un rastro de gotas rojas cada vez más escasas. Un reguero de muerte que seguía los pasos del forastero.

Los hombres del alguacil se intercambiaron una mirada nerviosa y después no quitaron la vista de la espada del extranjero, con las manos enguantadas sobre el mango de sus armas. El forastero se detuvo frente a ellos con una mirada hambrienta y palmeó la cabeza cortada que tenía en la bolsa, colgada de la correa de su cinto a modo de macabro trofeo.

—Debisteis decirme que era bruja, mi señor.

—¿Os supusieron algún problema los hechizos de su lengua venenosa, Domenec?

—Sólo durante un momento, mi señor. Da igual de qué criatura se trate, si tiene sangre dentro, el acero la derrama.

Allera rió y abrió los brazos en un gesto de conformidad.

—Desde luego, desde luego. Lamento haberos mentido, Domenec, pero un hombre de menos valía hubiese dudado ante la palabra «bruja».

—No importa ya. Sólo importa la plata.

El hacendado río en tono grave y satisfecho mientras desataba la bolsa.

—Desde luego, desde luego. Otras diez piezas, como prometí.

El forastero tomó la bolsa con manos ávidas y comenzó a contar las piezas de plata. En tono ausente, dijo:

—¿No os acompaña vuestro alguacil hoy, mi señor?

## El peso del acero

—Estará durmiendo la mona debajo de alguna pila de heno, abrazado a alguna campesina —murmuró Allera con impaciencia mientras observaba al asesino contar las monedas

—Bien, mi señor. Habéis hecho honor a vuestra parte del trato —dijo Domenec, guardando las monedas y tomando la bolsa ensangrentada—. Ahora, vuestra cabeza.

—Sabía que erais un hombre brutal, veo que no me equivocaba con respecto a vos.

Allera tendió las manos hacia el macabro trofeo. El forastero tomó la cabeza cercenada por el cabello y la arrojó. El rostro de mostacho negro golpeó al hacendado en la frente, haciéndole caer hacia atrás. Los guardias se quedaron un instante congelados, mirando atónitos la cabeza cortada de su alguacil antes de echar mano a sus armas. Pero el forastero ya se estaba moviendo.

Antes de que el primero tocase el mango del hacha, Domenec le dibujó una sonrisa en el cuello, su cuchillo curvo cortó músculo y arterias como si fuesen mantequilla caliente. La sangre roja estalló en el aire y le dio en la cara con una cálida bofetada. El segundo guardia ya estaba alzando su maza, pero Domenec le aferró la muñeca y le miró a los ojos, de cerca, mientras el cuchillo entraba y salía repetidamente de la carne de debajo de las costillas. El hombre cayó de rodillas y tuvo tiempo de lanzar un gemido antes de que Domenec le silenciase hundiendo el puñal en un lado de su cuello. El acero entró y salió como rasgando seda, y el guardia murió.

Allera miraba horrorizado la cabeza cortada mientras se ponía en pie con dificultad. Su mirada se encontró con los ojos fríos del forastero y comenzó a retroceder.

Sidhe salió de los árboles como una sombra del mundo antiguo, con líneas de un retorcido azul enmarcando los rasgos de su cara, y con el torque de bronce brillando como el fuego al reflejar la luz del sol. Puso un cuchillo en el cuello del hacendado, que boqueaba sin encontrar las palabras. La bruja empuñaba con firmeza el mango de madera del arma, cuyo filo de hueso era viejo pero aún capaz de derramar la sangre de un último sacrificio.

Domenec limpió su puñal en las ropas de los muertos y lo envainó en la parte de atrás de su cintura, contemplando la escena sin intención de intervenir. Esa muerte no dependería de su acero. Allera retrocedió hasta tocar con su espalda la puerta de madera del granero, con la cuchilla de hueso contra su garganta y los ojos de Sidhe vomitando fuego verde sobre él. El hacendado miró con pánico a la mujer y después al forastero. Al ver que éste no tenía intención de moverse, algo de color volvió a su rostro redondo. Miró a Sidhe con más seguridad, después con abierto desafío y un segundo después, con sorna.

—Parece que tu asesino no quiere matar más, bruja —murmuró German, soltando una carcajada—. Sólo estás tú. Y tú no puedes matarme, ¿verdad? Ese culto que profesas te impide matar. Adoras a los árboles, a los animales, a la vida. A toda vida, ¿eh? Da igual cuantos patéticos huesos pongas en mi cuello. No puedes dar el paso. La muerte os está vedada, bruja.

Se reía con regocijo, seguro de su victoria.

—Siempre has sido un ignorante, German. Confundes a las mujeres con el pecado y el conocimiento con maldad —siseó ella—. Amar la vida es amar su final. Un lobo no mata por placer, ni por oro, ni por tierras o celos. Pero lo hace sin dudar. Has confundido su aullido con música. Sí, German, has olvidado que unos mueren para que otros puedan vivir.

Sidhe le cortó el cuello despacio, con reverencia, como si contemplar el filo de hueso segando la vida de Allera fuese algo sagrado. Quizá lo era.

—*Slán abhaile* —murmuró en la lengua de la lluvia y el bosque mientras el hombre se desangraba.

El último adiós.

Sidhe besó el cuchillo, dejándose una marca roja en la cara, y lo envainó sin limpiarlo. Domenec sabía que más tarde sumergiría el filo de hueso en manantiales ocultos en lo más profundo del bosque, arroyos puros que sólo ella conocía, para que el agua sagrada bebiera la sangre derramada. El forastero y la bruja se miraron.

## El peso del acero

—En parte estaba en lo cierto, ¿no? —murmuró Domenec—. Los sacrificios de sangre... Los viejos caminos han desaparecido.

Ella sonrió, con la marca ensangrentada adornando la curva de sus labios.

—Él no comprendió nunca a mi pueblo, ni a mis diosas. Eres un hombre de armas, forastero. ¿Por qué los centinelas se ponen de espaldas a las hogueras del campamento?

No tuvo que pensar mucho antes de responder.

—Las sombras son más oscuras si miras a la luz.

Sidhe asintió.

—Las raíces más viejas son las más profundas. Siempre.

—Ya he derramado demasiada sangre —dijo Domenec—. Debo continuar mi camino.

—Gracias —dijo ella—. Pero esto sólo es una gota de victoria en una tormenta de derrota. El viejo mundo se muere.

El forastero se encogió de hombros.

—No entiendo esta guerra entre lo viejo y lo nuevo, no entiendo cuál es mi lugar... o si tengo lugar en ella. Sólo vivo.

—¿Vives? Y matas —susurró Sidhe.

—Sí.

Ella se acercó hasta el forastero con sus pasos felinos y sus labios se tocaron en un beso brusco, corto, que tenía el sabor metálico de la sangre de los muertos. Domenec lo aceptó como lo que era: un regalo, el fin de un ritual olvidado, una despedida. Nada más. Se miraron, dos extraños con la cara ensangrentada.

—Adiós, Sidhe.

Los labios de ella, aún manchados de sangre, le acariciaron suavemente la oreja y susurraron:

—Sidhe no es mi nombre. Sólo es una palabra de la lengua antigua, la lengua de mi madre y de mi abuela, mi lengua, que los hombres han convertido en «bruja».

—¿Cuál es tu nombre, entonces?

La bruja se apartó y lo miró con esos ojos verdes como el corazón del bosque, en los que cualquiera podría perderse, perderse hasta morir.

—Rhiannon.

Domenec asintió, aceptando ese nuevo regalo y reconociéndolo como mucho más valioso que el anterior.

—Debo irme.

—Para escapar del juicio —dijo ella.

—Sí.

—Puedes huir de la soga de los hombres. Pero no podrás escapar de los fantasmas que llevas contigo. Jamás.

El forastero sonrió con una mueca de tristeza. Le dio la espalda.

—Adiós, forastero —dijo ella mucho después.

Sólo los árboles y los muertos fueron testigos.



**Si te gusta este libro,  
no dudes de compartirlo  
con tus amigos.**

**Si quieres adquirir la versión  
impresa la puedes comprar aquí:**

**944 787 051**

**info@acuedi.org**



## Capítulo 2

# El precio de la guerra

**F**ranz se mantuvo firme y esbozó una sonrisa algo forzada cuando el forastero se acercó. Sus hijos retrocedieron un tanto, amedrentados por la brutal apariencia del hombre. A él no le importó. Después de todo, aún eran chiquillos imberbes y tenían tiempo de endurecerse antes de hacerse cargo de la posta. Pese a su intranquilidad ambos se quedaron, y sabía que los dos chavales pronto estarían contando historias sobre el extraño, que crecerían como una bola de nieve cada vez que las relatasen. Franz apostaría las pocas piezas de cobre que tenía en la bolsa a que, según el relato de sus hijos, el siniestro forastero pronto se convertiría en un mercenario, a la siguiente luna en un desertor fugitivo y, para la próxima estación, ya estarían hablando de aquel señor de la guerra rebelde que pasó por su posta una vez. Cosas de chiquillos.

Le habían visto aparecer por el camino del rey, con andar cansado y tirando de las riendas de una mula a que llamaba *Rodaballa*, sin duda por su impresionante fealdad. Lo primero que destacaba del forastero era el rostro alargado y flaco, casi perfilado a cincel, que emergía anguloso bajo el áspero pelo gris, y los ojos fríos y casi inexpresivos incrustados en mitad de la cara. Era un individuo muy alto y extraordinariamente flaco y, a primera vista, guardaba cierto parecido con un perro triste y hambriento. El aspecto del hombre era algo intranquilizador y Franz lo juzgó inquietante cuando reparó en el gastado justillo de cuero y hierro,

## El peso del acero

marcado aquí y allá por los arañazos del acero, y la descomunal espada que le cruzaba la espalda, una pieza de acero tan pesada que el desconocido casi parecía arrastrar más que portar.

—Buen día, compadre —saludó el forastero con voz cascada cuando ya estuvo lo suficientemente cerca.

—Así lo quiere la Gracia —contestó Franz, aunque después lanzó una mirada al cielo plomizo y añadió—: Aunque no sé yo si tiene mucho de bueno.

El desconocido no dijo nada pero parecía estar de acuerdo, ya que se arrebujaba en una capa parda que había visto días mejores y sus ojos brillaban febriles bajo unas grandes ojeras. Detrás de él, la mula le enseñó sus enormes dientes amarillos.

—Veo que el viejo Fill finalmente se ha deshecho de esa mula cascarrabias —dijo Franz—. Lo siento, amigo, pero no quiero a esa bestia malencarada cerca de mis animales, así que no hay posibilidad de cambio. Espero que no pagues más de dos piezas por esa mala bestia.

El extraño miró al animal y, al otro extremo de las riendas, la mula deformó aún más su aspecto en lo que parecía ser una mueca sardónica y lanzó un mordisco al aire. Después, el hombre miró con gesto ausente por encima del hombro, en dirección a la posta de Fill, y Franz vio brillar acero bajo la gastada capa. Era un puñal de hoja curva, envainado en la parte de atrás de la espalda, oculto al primer vistazo. Un arma de asesino. Franz sintió un escalofrío y temió que sus estúpidas palabras llevasen al extranjero a volver sobre sus pasos y rebanarle el cuello al viejo estafador con esa macabra herramienta de carnicero. Fill intentaba siempre aprovecharse de los viajeros cansados o incautos y a él no le caía bien, pero no creía que mereciese ser degollado. Le espantaba que sus palabras precipitadas desencadenasen su muerte. Pero el forastero se encogió de hombros y esa sensación de tragedia desapareció del pecho de Franz.

—No creo que nadie pagase más de dos piezas por mí. —Miró a la mula, que bufó, y luego volvió a mirar hacia delante—. Nos llevaremos bien.

—Me alegro, compadre —repuso Franz ocultando el alivio que realmente sentía—. ¿Qué se le ofrece?

—¿Está muy lejos la siguiente aldea?

—¿Cruce del Calderero? A legua o legua y media, depende de cómo se cuente. No más de medio día de pateo.

El forastero sorbió por la nariz y asintió, y Franz se vio obligado a añadir:

—Allí hay buenas posadas y baratas, si me permite añadir. Le recomiendo que pase algunas noches bajo techo y coma caliente si tiene pensado seguir la partida de guerra del condestable para alquilar su espada. Las tierras se vuelven cada vez más frías y húmedas en el camino del norte.

—Gracias, compadre, pero no voy tan lejos.

El desconocido continuó su camino, tironeando a cada paso de las riendas de la mula, algo encorvado bajo el peso de esa espada brutal.

Franz se alegró de perderle de vista. Sus hijos estuvieron contando la anécdota durante un par de estaciones.

\* \* \*

Domenec contemplaba la escena con ojos acuosos, reprimiendo las ganas de ceder a los escalofríos cada vez que respiraba. El resplandor de la hoguera formaba un círculo de cálida luz anaranjada; más allá de él, los árboles eran sólo formas retorcidas que crujían y susurraban en la noche. Había un hombre junto al fuego que contemplaba las llamas con gesto ausente y, de vez en cuando, salía de su ensimismamiento para afinar las cuerdas del laúd que llevaba apoyado sobre las piernas. Las manos que manipulaban con delicadeza la llave del instrumento eran grandes y fuertes, curtidas por el trabajo.

Estaba arrodillado, por lo que le era difícil apreciar su altura. Era por lo menos una cabeza más bajo que Domenec, pero tenía los hombros anchos y fuertes, y un cuello de toro bajo la cerrada barba castaña. Parecía un leñador y podría pasar por mercenario con algo menos de luz, pero desde luego no tenía aspecto de músico.

## El peso del acero

El forastero carraspeó sonoramente al borde del círculo de luz de la hoguera. El hombre de la barba salió de su ensimismamiento y dio un respingo; por un momento pareció estar echando mano de algún tipo de arma, pero después de un segundo quedó patente que era un ademán protector con respecto a su laúd.

—No pretendía asustar a nadie, compadre —murmuró el forastero, parándose un segundo para sorber ruidosamente por la nariz—. Pero estoy corto de yesca, he perdido el pedernal y me gustaría compartir el calor de tu fuego.

Era consciente del aspecto que debía presentar: una sombra alta y flaca en la que se apreciaba la forma de una gran espada. El hombre junto a la hoguera blasfemó horriblemente y, por un momento, temió haber resultado demasiado inquietante.

—Un fuego no te hace posadero pero ayuda al compañero, ¿eh? —masculló el hombre con voz grave tras tomarse un momento para pensar—. Sé bienvenido.

Un acceso de tos le impidió responder mientras hacía tumbarse a la mula y se sentaba junto al fuego.

—Parece que sí que necesitabas el calor de las llamas, amigo.

La voz del músico era jovial pero el forastero vio cómo sus ojos recorrían de arriba abajo la forma alargada de la espada.

—He tenido un par de días malos, pero nada que una noche junto al fuego y otra en una posada no puedan apañar —consiguió responder tras beber un sorbo de agua—. Soy Domenec.

—Me llamo Tem. Temard.

—¿Tem el bardo?

El hombre se pasó una mano por la barba y rió con una sonora carcajada, dando una palmada en el laúd.

—No apuntes tan alto. Toco canciones para que la gente las cante a gritos cuando se ha echado al colete más cerveza de la cuenta y eso me permite comer caliente, y dormir bajo techo algunos días.

El forastero sacó un pedazo de carne en salazón y se puso a masticarla muy despacio después de que Tem hubiese rechazado un trozo. Durante un momento sólo se escuchó el crepitar de las llamas y el sonido que hacía Domenec al masticar.

—¿Por qué no cargas la espada en la mula? Parece pesada —preguntó Temard, rompiendo el silencio.

El forastero se arrebujo en la capa, presa de un súbito escalofrío.

—Yo debo cargar con ella.

El silencio pareció posarse sobre ellos, pero Tem volvió a espantarlo.

—¿Vas al norte?

Domenec fingió no ver el brillo suspicaz de sus ojos.

—¿A las Tierras del Hacha? No se me ha perdido nada allí.

El músico pareció relajarse.

—¡Mejor! —dijo—. No me gustan los soldados.

—He visto los campos cuando aún era de día, destrozados por cientos de cascos —dijo el forastero, asintiendo—. Más tarde he sabido que los jinetes del Rey han tomado este camino para ir al norte.

—¿Jinetes del Rey? —Bufó el bardo—. El Rey es un niño. ¿Qué lo diferencia de cualquier otro mocoso?

Domenec sonrió al imaginarse a un crío sorbiendo por la nariz con una corona en la cabeza.

—Que se sienta en el trono, Tem. ¿Hay una diferencia más grande?

—Puede sentarse en el trono, sí. Pero no gobierna el Reino.

—El condestable. —El forastero asintió gravemente con la cabeza—. Sí, él lleva las riendas. Y supongo que sus recaudadores seguirán exigiendo los mismos impuestos a las gentes que trabajan la tierra, sin importar que sus terrenos hayan quedado aplastados en su nombre.

—Ya sabes que así será —replicó Tem con gesto amargo, y después añadió—: Y eso es cuando aún no se han bajado del caballo, pero cuando lo hacen... La única diferencia entre un soldado y un criminal es que uno de ellos viste los colores de la Corona.

—¿Ha habido problemas?

—No, ningún problema —Tem se pasó una mano por la barba áspera y oscura—. Por ahora. Los meses pasarán, y la guerra se estancará. Entonces volverán a bajar. Carroñeros, desertores,

## El peso del acero

exploradores, forrajeadores. Todos distintos, todos iguales: muy lejos de su hogar y acostumbrados a matar. Es siempre así; sé algo de guerras.

Incorporado hacia delante y con el ceño fruncido por el enfado, la apariencia de leñador del músico desaparecía casi por completo. Domenec comenzó a silbar en un tono apenas perceptible *La lanza, la cabeza, y mi jarra de cerveza*, una conocida tonada militar. Tem tomó el laúd y tocó las notas finales del estribillo con cierta tristeza. Después sonrió de mala gana y dijo:

—¿Estuviste en la última?

—¿La última guerra? Parece que fue hace cien años.

—Qué curioso. A mí me parece que fue ayer mismo.

El forastero no tenía nada que decir, así que asintió en silencio.

—Pero no te preocupes —prosiguió Tem—. Cruce del Calderero, si es allí a donde vas y apostarías que sí, tiene más riqueza que la que le proporcionan esos campos pisoteados que has visto.

—¿Debería eso importarme?

—No hay muchos tipos de personas que viajen por este camino. Si no eres alguien que pretende alistarse, sea en el ejército de Rey o en el bando rebelde, ni un mercenario que quiere vender su espada, sólo quedan dos tipos de personas que vayan a Cruce del Calderero. Quienes esperan poder contar la historia —Tem señaló a su propio pecho con su gran pulgar y después apuntó al forastero con el índice—. Y quienes van a matar al monstruo.

El forastero frunció el ceño lentamente y entrecerró los ojos.

—¿Monstruo?

El músico rió entre dientes, y el aura de amargura militar que le rodeaba se disipó como un mal sueño. Cuando habló, parecía un campesino relatando una historia de terror a sus chiquillos.

—Por lo visto, un monstruo ha estado aterrorizando a las gentes del lugar. Un duende dicen, travieso algunas veces, cruel otras. Las gentes de por aquí se han estado quejando durante tres o cuatro estaciones y, al final, han molestado tanto a lord Locar-non que ha tenido que poner precio a la cabeza del duende. Dicen que una pieza de oro. Así que Cruce del Calderero se está llenado

de veteranos empobrecidos, cazadores desesperados, charlatanes de todo tipo y también de músicos aburridos —sonrió—. Pensé que irías en una de esas definiciones.

—Sólo en la de viajero constipado —confesó el forastero.

—Pero una pieza de oro es una pieza de oro.

—Eso no puedo negarlo.

Hablaron un rato más acerca de la cerveza floja del sur y del brebaje oscuro y fuerte que llamaban cerveza en el norte, del estado de los caminos, de la rebelión de las Tierras del Hacha contra la Corona, de las dementes oscilaciones de los precios en tiempos de guerra, y de que las cosas ya no eran como antes. Pero evitaron hablar del verdadero precio del oro, el de la sangre y fingieron no haber recordado la última guerra ni las vivencias selladas con cicatrices. Lentamente, la conversación se apagó igual que iban disminuyendo las llamas de la hoguera y ambos viajeros parecieron dormir arrebujados en sus capas.

Al despuntar el alba continuaron el camino con el frío metido en los huesos y llegaron al pueblo poco antes del mediodía. Cruce del Calderero había sido próspero en un tiempo y se notaba. El templo que se alzaba por encima de las casas era de piedra y el estandarte de la Revelación de la Gracia ondeaba en el aire de la mañana. La vía principal del pueblo estaba empedrada y no tenía el aspecto miserable y frágil de otras aldeas más pequeñas, que el forastero había visto en su camino aún no concluido hacia Tres Alisos.

Domenec conocía bien la historia; muchos pueblos la compartían. La plaza de mercado, en la que destacaban los gastados soportales de piedra de una época pasada, había sido un punto de encuentro para las caravanas que bajaban desde el norte, el sur o el oeste. En realidad, el cruce de esos tres caminos era lo que había dado al pueblo tanto su nombre como la riqueza para desarrollarse. Sin embargo, los comerciantes y sus caravanas habían descendido en número, desanimados por las guerras y los peligros de que acechaban en los caminos y, aunque el mercado de Cruce del Calderero se mantenía un día a la semana, su prosperidad menguaba a cada estación. Al entrar, se había fijado en media

## El peso del acero

docena de casas que un día estuvieron ocupadas por habitantes del pueblo. La naturaleza le había ganado terreno a la civilización; todas ellas tenían el techo derrumbado y eran presa de las hiedras. Pronto, el bosque se las tragaría.

Aún así, el pueblo vivía ajeno a su decadencia y el fuego, que ardía en la posada principal, era cálido como el corazón de un niño. La Barba Manchada era un buen lugar; la sala común era espaciosa, forrada de madera y en el piso de arriba había cuartos individuales para los visitantes más ilustres. Domenec se arrastró hasta una mesa cerca del fuego y se dedicó a tiritar allí, envuelto en su capa, mientras Tem entraba en duras negociaciones con la posadera. Por lo que había entendido de un simple vistazo, Enda era una mujer algo mayor, de poderosa osamenta, que hacía las veces de mariscal de la posada y manejaba a sus hijos como a un pelotón de soldados bisoños y perezosos.

—Bueno, no ha ido mal —murmuró el músico una vez se hubo sentado a la mesa con el forastero—. Tocaré por las noches a cambio de un cuartucho y lo que haya en la cazuela.

La posadera se acercó a su mesa con grandes zancadas.

—Sé cómo son las tabernas que hay por ahí, pero aquí tenemos unas reglas —gruñó Enda, poniendo los brazos en jarras—. Poned orejas, porque la más importante es la siguiente. Esta noche, en realidad todas las noches, sirve las mesas una muchacha, Bria. —Señaló hacia atrás con el pulgar. Detrás de la barra había una mujer joven de pelo castaño y cara redonda que limpiaba una jarra con gesto ausente—. Es tímida y habla poco. No me importa lo que salga de vuestra boca, pero sé que las mozas de las tabernas tienen que aguantar que les tiren pellizcos o les metan la mano por debajo de la falda. Aquí no. No me importa si sois tipos duros —miró de arriba a abajo la espada que el forastero había apoyado contra el borde de la mesa—. Esta posada está bajo la protección de lord Locarnon. Si os pasáis con Bria, tendréis problemas.

—Buena mujer, nosotros no somos ese tipo de hombres —dijo Tem con ademán apaciguador.

—No soy una buena mujer, señor músico. Y por lo que han visto estos ojos, cuando un hombre bebe, lo que hay bajo sus

pantalones toma el control de su cuerpo. Bria no lo pasó muy bien con los hombres durante la última guerra, así que las manos en los bolsillos.

—Eso haremos —dijo sucintamente Domenec.

—No todos los hombres somos cómo piensa esa mujer —gruñó el músico cuando la posadera se hubo alejado.

El forastero frunció el ceño.

—¿Puedes culparla? Mira a esa chica, piensa en cuántos años tenía en la última guerra. Piensa en los soldados que creyeron que los colores que llevaban les daban derecho a tomar lo que se les antojase. Piensa en el precio que tuvo que pagar —se encogió de hombros—. La guerra abre de una patada esa puerta tras la que guardamos nuestros demonios. Y hay demonios en todos los corazones.

—Me gustaría discutirte, pero no puedo —suspiró Tem y luego añadió—: Creo que eres un buen hombre.

Los ojos de Domenec se desviaron un instante hacia la forma alargada de la espada, un recuerdo y un peso que siempre le acompañaba.

—No es siempre verdad lo que creemos.

Después de comer el caldo caliente y sabroso que hacían en la posada, y de dormitar junto al fuego buena parte de la tarde, Domenec sintió cómo el frío húmedo del camino abandonaba poco a poco sus huesos. A lo largo de la tarde fueron dejándose caer algunos individuos de aspecto extraño, al menos a juzgar por las miradas ácidas de Enda. Tem había dicho que la pieza de oro prometida por Locarnon había atraído a veteranos empobrecidos, cazadores desesperados y charlatanes de diverso tipo. Le pareció una descripción ajustada.

Aldo y Emeric parecían cocinados en el mismo horno que todos los mercenarios. Ambos tenían barbas crecidas, llevaban armaduras de cuero endurecido y estaban cómodos lanzando miradas de pocos amigos a diestro y siniestro. Aldo era un joven moreno, flaco y nervioso, y nunca se separaba de una daga de grandes dimensiones que llevaba al cinto. Emeric, por el contrario, tenía la barba entrecana y la constitución de un buey,

## El peso del acero

y parecía acostumbrado a partir cuellos con sus manazas de nudillos cubiertos de cicatrices.

La categoría de cazadores desesperados estaba ocupada por Pat, un tipo silencioso de cara fina y delicada, que cubría a medias su pelo rojizo con un simple gorro de cuero que esperaba en un rincón. Era joven, pero su rostro lampiño y sus rasgos suaves le hacían parecer prácticamente un niño. El forastero juzgó su andar gatuno y cauteloso, y decidió que pese a parecer un mocosito vestido con la ropa de caza de su padre, ese hombre podría seguir un rastro durante horas en pleno bosque sin que sus botas arrancasen ni un chasquido del suelo.

Moritz entraba en el último saco: los charlatanes. Entró en la posada con andares majestuosos y el extremo inferior de su túnica marrón ondeando levemente detrás de él. El brillo astuto de sus ojos quedaba eclipsado por la docena de amuletos diferentes que llevaba colgando del cuello —por lo menos había una pata de conejo tallada en madera, las dos manos cruzadas de la Revelación de la Gracia, y un reloj de arena de hueso—, y tenía una perilla larga y retorcida como la de los hechiceros de las canciones. Se presentó como curandero, alquimista, protector de secretos arcanos y defensor de las fuerzas del bien ante todo el que quiso prestarle una oreja. Tem bufó con incredulidad, pero el forastero observó desde el otro extremo de la sala común cómo los mercenarios escuchaban atentamente y con cierta reverencia las historias que Moritz relataba señalando alguno de los amuletos de cuando en cuando. Después, procedió a leerles su camino en las tabas.

A medida que la luz del sol iba decayendo, los hijos de Enda avivaron la hoguera y la sala común se llenó del tranquilizador rumor de las llamas. Bria iba y venía con bebidas y viandas de olor apetitoso, y cada vez fueron entrando más personas del lugar que miraban con curiosidad a los extranjeros. Domenec recibía algunas miradas de inquietud e interés, pero lo cierto es que buena parte de la atención se la llevaban los mercenarios y, sobre todo, la indumentaria y los pintorescos relatos de Moritz, así que se sentía casi parte de la masa anónima. Emeric y Aldo también miraban a Bria con algo más que curiosidad, y de vez en cuando

intercambiaban comentarios y risas, pero sus manos nunca seguían a sus ojos. Enda debía haber mantenido con ellos la misma charla.

Por la actitud comedida de ambos, el forastero concluyó que la posada estaba realmente bajo la protección de Locarnon. En raras ocasiones, los señores feudales honraban los juramentos del vasallaje. Para Domenec, eso no los convertía en buenos hombres. Sólo en hombres de palabra. Con el tiempo había llegado a aprender la enorme diferencia entre los dos.

Llegado el momento, Tem ocupó una silla en el centro de la estancia, cerca de la barra y manteniendo siempre una jarra al alcance de la mano, comenzó a acariciar las cuerdas de su laúd. Comenzó cantando una famosa canción de amor y desgracia, *Deirdre de los pesares*, y cuando hubo obtenido algo de atención del público continuó con una animada canción de taberna, *Lo que queremos es beber*. El origen de ambas canciones era celta, aunque ya nadie recordaba el sonido dulce de las arpas del pueblo del amanecer. El forastero conocía la segunda tonada, que los parroquianos coreaban golpeando las mesas con las jarras de cerveza, por el nombre de *Ev chistr ta' Laou*, una melodía melancólica y agridulce.

Los mercenarios estaban cogidos de los hombros y coreaban el estribillo a gritos mientras marcaban el ritmo con sus pesadas botas manchadas de barro. Detrás de la barra, Enda murmuraba la letra mientras se ocupaba de llenar jarra tras jarra de cerveza. Incluso Moritz había abandonado su papel de misterioso hechicero para abandonarse a la música, inclinándose hacia la derecha o la izquierda llevado por la melodía; tenía las mejillas marcadas por un vivo color rojo, quizá a causa del contenido del vaso de madera que sujetaba con una mano fina y cubierta de anillos.

El forastero vio por el rabillo del ojo cómo una pequeña figura se dejaba caer con cansancio en una silla a su derecha. Era una mujer de avanzada edad, con el rostro arrugado y el pelo blanco recogido en un apretado moño. Tenía la apariencia delgada y dura de las ancianas que han visto demasiadas cosas a lo largo de su vida.

## El peso del acero

—Corren malos tiempos, forastero —murmuró sin quitar la vista de Tem mientras éste tocaba y cantaba una nueva canción.

—No sé si alguna vez han sido buenos, señora.

—Hace mucho que no... Y cuando por fin las tumbas de la última guerra ya no parecen recién cavadas, esos norteños de las Tierras del Hacha deciden que no van a pagar los tributos al Rey.

—Hace muchos años que cavamos estas tumbas, señora. Hace mucho que las cenizas de Bornost se enfriaron.

—Puedes llamarme Lyba o abuela Lyba si quieres mostrar respeto —dijo la mujer con un guiño casi pícaro—. Cuando yo era joven, la paz del rey significaba algo. Los impuestos no eran tan sangrantes, los norteños no le habían cogido tanto gusto a las ballestas y viajar por los caminos no era jugarse el cuello. Y, por supuesto, nadie pensaba que una ciudad como Bornost pudiese llegar arder. —Sacudió la cabeza con disgusto—. ¿Sabes lo que me dijo uno de los mozos de caravana la pasada luna?

—No, abuela Lyba.

—Me dijo que un mercenario hechizado por una bruja ha asesinado a un buen puñado de gente en Buen Arroyo. ¡El alguacil, la mitad de sus guardias y un noble de por allí! Y ni siquiera han prendido aún al maleante. Podría estar en cualquier sitio. Ma- los tiempos, te digo. Y ahora, para colmo, tenemos un duende en el pueblo.

—¿Es cierto que es un duende, abuela Lyba? ¿Alguien lo ha visto?

—¿No lo crees? —preguntó la anciana entrecerrando los ojos.

—No tengo la arrogancia suficiente para decir que conozco cómo funciona el mundo, pero he viajado por algunos sitios. Allí donde he escuchado que se hablaba de brujas, hechizos o demonios, lo único que había era miedo, ignorancia o falta de entendimiento.

—Muy educado, forastero, llamándonos un hatajo de ignorantes —siseó Lyba.

—No era mi intención ofenderte, ni a este pueblo.

La mujer puso la espalda muy recta y frunció los labios, pero asintió bruscamente para aceptar la disculpa.

—Duende, trasgo, espíritu del bosque, qué más da. Lo vio Coll el Pequeño, aunque supongo que ahora deberíamos llamarle Coll el Ciego. Un pobre diablo, casi tan viejo como yo. ¡Lo que le faltaba a este pueblo, un duende! Eso espantará a las caravanas.

El forastero se inclinó hacia la anciana tras beber un sorbo de cerveza.

—¿Perdió la vista al ver a la criatura?

—Esas frases déjaselas a tu amigo el bardo, matamonstruos. El duende le vació los ojos, escarbó en ellos con sus manos de dedos finos y se los llevó.

—¿Y dijo ese hombre qué aspecto tenía el duende?

Lyba se dio un toque con un dedo en el puente de la nariz y se le acercó para confiarle:

—Coll, el pobre diablo, volvía al pueblo por el camino de las casas viejas al anochecer pero nos dijo que había visto algo del monstruo. Un duende pequeño, la mitad de alto que un hombre, rápido y oscuro. Y cruel. Sin mediar palabra ni proponerle un acertijo le derribó y le quitó los ojos. ¿Dónde se ha visto que los duendes te quiten los ojos sin antes proponerte un acertijo o un juego? Ya ni los duendes respetan las tradiciones.

—Según las tradiciones, a los monstruos los matan los caballeros. Y aún mejor si se les aparece la Gracia para dar fuerza a su brazo.

—Sí, aquí no veo ningún caballero. ¡Y no creo que la Gracia se digne a aparecer por aquí! —dijo la mujer, sonriendo levemente ante su propia blasfemia.

—¿El camino de las casas viejas es ese que...?

—Sí, donde están las casas que se echaron a perder y ahora están caídas.

Domenec asintió. Había visto los esqueletos de esa media docena de casas, un terreno que había sido las afueras de Cruce del Calderero en algún momento, pero el bosque había vuelto a ganar terreno.

—La última guerra no fue buena para el pueblo, no —gruñó Lyba—. Había buena gente viviendo ahí pero los vientos se los llevaron.

## El peso del acero

El forastero conocía esa última expresión. Era parte del estribillo de una canción llamada *Vientos de guerra*. Se alegró de que a Tem no se le ocurriese cantarla.

—Dices que has viajado. ¿Has aprendido en tus viajes cómo se mata a un duende?

—Todavía no he encontrado nada que el acero no pueda matar.

Los dos quedaron en silencio y miraron al frente, sin nada más que decir. Temard daba las últimas notas de la canción. La clientela habitual de la posada parecía haber aprovechado bien el tiempo y hablaban bastante más alto que al principio de la noche. Emeric y Aldo recordaban alguna historia compartida y reían a carcajadas mientras hablaban interrumpiéndose uno al otro. El charlatán, Moritz, relataba con petulancia alguna historia fantástica, inclinándose demasiado hacia delante mientras hablaba con una muchacha de trenzas castañas que tenía la expresión de querer estar muy lejos de allí. El único que parecía impermeable al ambiente festivo era Pat, el silencioso desconocido con aspecto de cazador, que seguía en el mismo rincón sopesando aparentemente el mismo vaso de vino del principio de la noche. Con la mirada perdida en sus propios pensamientos, parecía incluso más joven que antes.

—¡Duendes! ¡Una de duendes! —gritó una voz que arrasaba las vocales desde algún punto de la taberna.

Poco después varias voces más se unieron ruidosamente a la petición. La mayoría de las personas del pueblo estaban encantadas con la idea. Estaban asustados y querían saber más de esa criatura que les acechaba. Como bien sabía el forastero, el conocimiento mata el miedo.

Tem asintió y comenzó a tocar y a cantar una canción sobre ese misterioso pueblo de seres inmortales. Domenec desconocía el nombre de la tonada, pero la música era animada y era en esencia una descripción de ese tipo de espíritus. Con su voz grave pero hábil, el músico explicó al ritmo de la música cómo esos seres no eran humanos aunque en ocasiones podían adoptar la forma de una persona, y cómo vivían en un reino sobrenatural del que a

veces podían salir. Narró que no eran malvados, pues esa palabra no se les podía aplicar. No conocían el bien ni entendían la moral y, por supuesto, eran totalmente ajenos a las leyes de la Revelación de la Gracia o de la Corona. La Buena Gente, como debían ser llamados para no atraer su atención, simplemente querían divertirse: eran caprichosos, antojadizos y veleidosos. Eran deseo hecho carne, príncipes del caos y la locura, y lo que guiaba sus actos era simplemente la búsqueda de su propio placer, por lo que podían ser especialmente crueles: adoraban jugar, pero su juego podía ir desde una serie de acertijos hasta susurrar demencia en los oídos de las personas, o sacarles los ojos para jugar con ellos.

Tem carraspeó ruidosamente para llamar la atención de su disperso y beodo público, una vez hubo acabado de cantar sobre la Buena Gente y comenzó a tocar los primeros acordes de la canción que presentó como *Los hijos de Lir*. Era una canción triste que databa de la última guerra. La mayoría de la gente la conocía por otro nombre: *La marcha de las compañías negras*. Impulsada por acordes de laúd narraba la cruel venganza de los Tres Hijos de Lir, y cómo Bornost había ardido sin remedio. Hablaba de la Bandida de Cuervos, el corazón más negro de las compañías negras. De Maistr, un gigante con armadura que blandía una espada del tamaño de un hombre. De Etain, la más cruel de las doncellas.

El forastero arrugó el gesto. De pronto, la canción le resultaba ofensiva pese a haberla escuchado cientos de veces, incluso más allá del mar. Salió a grandes zancadas de la posada, entrando en el oscuro callejón y respirando grandes bocanadas de aire fresco para calmar los recuerdos. El aire era tan frío que le cortaba la garganta. Muy diferente al aliento cálido y cargado de chispas de Bornost.

—¡Domenec! —llamó una voz a su espalda.

El forastero se giró, y vio que una figura delgada se recordaba contra la luz que salía de la taberna. Caminaba hacia él, alejándose de la luz e internándose en el callejón con pasos de gato. Era Pat.

—Sabía que eras tú —dijo el cazador con lo que en la oscuridad parecía una sonrisa—. No estaba seguro, no hasta ver la cara

## El peso del acero

que ponías cuando ha tocado esa versión mutilada de *Ev chistr ta' Laou*. Y he sabido que estaba en lo cierto al ver que no podías seguir escuchando la última canción.

El forastero separó las piernas y buscó la espada, sin encontrarla. El efecto de la canción, la cerveza y la precipitación le habían hecho dejársela apoyada en la mesa. Llevó una mano a su espalda y la cerró sobre la empuñadura del cuchillo que llevaba envainado en la parte de atrás de la cintura.

—Así que es cierto —continuó Pat, acercándose unos pasos más—. Eres uno de los Hijos de Lir.

Cerró el puño con tanta fuerza que sintió crujir la tira de cuero que cubría el mango del puñal.

—No soy estúpido, Domenec —acotó con irritación el cazador—. No soy un campesino ignorante que cree que los celtas son demonios y luego canto en la taberna sus canciones robadas. Ni creo en todo lo que dicen las canciones. Especialmente las que se escribieron gracias al oro de la Corona.

Pat se acercó un paso más, y pudo ver su rostro fino y alargado y su sonrisa de suficiencia. Sus movimientos eran precisos, elegantes, nada que ver con la estruendosa pesadez de los mercenarios.

—Eres del pueblo —dijo el forastero, comprendiendo al fin.

Pat asintió, sin necesidad de preguntar a qué se refería. Era del pueblo, el único que importaba, el único más antiguo que las raíces de las montañas: el pueblo del amanecer.

—No llevo las líneas azules de la batalla, ni llevo el torque de bronce que me correspondería por derecho de nacimiento. Las antiguas sendas han muerto fuera del Éiread. Pero mi sangre sigue siendo celta.

—¿Qué quieres, Pat? ¿Es ese tu nombre?

—*Pádraic ap Afanen* —precisó el cazador con un orgullo que tenía un punto de amargura—. Sólo quería preguntarte, conocerte. Durante un tiempo se habló mucho de los Hijos de Lir, de lo que hicieron en la última guerra. ¿Es verdad lo que cuentan las historias?

—La mayor parte no.

—Dijeron que habías muerto.

—Eso dijeron, pero sigo respirando —dijo Domenec—. Mis pasos me llevaron hasta Halauí, más allá del mar.

—He visto que llevas ese arma descomunal. Es la espada de Maistr, ¿verdad? Entonces, ¿eso sí es cierto?

Domenec asintió en silencio, y el cazador continuó hablando:

—Encontré a una mujer de camino aquí, hace cinco o seis días, en una aldea miserable llamada Flecha del Camino. Era peligrosa. Tenía los ojos brillantes y fríos, como la luz de las estrellas.

El forastero tuvo que decirlo en voz alta.

—Etain.

El cazador asintió, y los flecos de su gorro de cuero oscilaron.

—Te está buscando. Te matará.

—Sí —repuso Domenec.

Pat quedó un segundo en silencio, pero no pudo contenerse, y saltó:

—¿Por qué lo hiciste?

Durante un segundo, un fantasma flotó entre ambos.

—No vuelvas a hacerme esa pregunta. Nunca.

Domenec se dio cuenta de que seguía agarrando el mango del cuchillo con fuerza, y lo soltó.

—¿Qué haces aquí, Pádraic? ¿De verdad vas a matar a ese duende por una pieza de oro?

El cazador retrocedió un paso con una mueca de disgusto.

—¿Estás loco? ¡Al Annwyn con el oro! Es un fomoré. Voy a protegerlo.

Pat tenía los ojos brillantes y apretaba los labios hasta formar una fina línea.

—Conozco las historias —dijo el forastero—. Se dice que esas criaturas son enemigas de tus diosas. De tu pueblo. ¿Por qué ibas a proteger su vida?

Las mejillas de Pádraic se encendieron con emoción. Habló con la decisión del vuelo de una flecha, y eso lavó gran parte de la juventud de su rostro.

—Todos los enemigos son hermanos de cierta manera, eso enseñan nuestros druidas. Somos como ellos. Agonizamos un

## El peso del acero

poco más cada vez que el nuevo mundo, ese que habéis traído con vosotros, avanza sobre el viejo. Pronto, los celtas sólo existiremos en vuestras canciones y vuestros cuentos, deformados por el miedo y el odio. Como los fomeré. Los dos pertenecemos a un mundo que se muere.

—¿Por eso vas a enfrentarte a los demás? —preguntó Domenec.

—Las antiguas sendas han muerto, pero aún quedamos los hijos de quienes las recorrieron. No voy a dejar que lo toquen.

Durante un momento, quizá a causa de un efecto de la oscuridad en la que hablaban, el forastero casi vio cómo hubiese sido Pádraic en otra época: el torso desnudo y cubierto de las líneas azules de la guerra, el pelo rojizo recogido en una espesa coleta parecida la crin de un caballo, y el torque de la casta de la guerra reluciendo con todo el brillo del bronce en su brazo. Pero el momento pasó y volvió a ver a un joven flaco, ataviado modestamente con el cabello cubierto por el gorro de cuero. El pueblo del amanecer había encontrado su ocaso, quebrado por el acero y el fuego de otros.

Pat tenía razón. Las antiguas sendas habían muerto.

—Fuimos grandes, Domenec.

El forastero pasó de largo. El callejón comenzaba a llenarse de los fantasmas de los recuerdos, esos que hay que dejar atrás.

—No pertenezco al viejo mundo y tampoco al nuevo. Y nunca he sido grande.

\* \* \*

El camino que ascendía del pueblo hasta la casa abandonada tenía la tierra oscura y húmeda, y las pesadas botas del forastero se marcaban profundamente en ella. Aunque los lugareños mantenían limpio el sendero, el bosque parecía ansioso de asaltarlo desde sus lindes y los grandes árboles de hoja ancha, que lo vigilaban desde la distancia, parecían ansiosos por lanzarse a la carga. Se alegraba de haber bebido menos y madrugado más que los otros.

Aún sentía los músculos pesados y sorbía por la nariz de cuando en cuando, pero sentía la cabeza más ágil que los días anteriores y los escalofríos habían desaparecido. Siempre se maravillaba de lo que una noche bajo techo y junto a un buen fuego podía hacerle a un hombre que lleva demasiado tiempo en el camino. Cuando había despertado en el suelo, junto al fuego ya apagado de La Barba Manchada, la mayoría estaban aún sumidos en un profundo sueño. El inmenso corpachón de Emeric estaba tendido en una de las mesas y una de sus grandes manos aún así una jarra vacía. Moritz estaba acurrucado de forma poco digna, con la túnica arrugada de forma extraña y sus amuletos apuntando a diferentes direcciones. Las tabas con las que había leído el camino a cuantos quisieron escucharle estaban desperdigadas formando un halo de hueso alrededor de su cabeza. El forastero se había preguntado si no le preocupaba una acusación de brujería o adivinación. La Revelación de la Gracia no tenía tolerancia con gente como él.

No había podido ver a Pádraic ni a Aldo por ninguna parte y suponía que Tem seguía durmiendo en la habitación que había pagado con su música, así que se había puesto en marcha. Era el primero en llegar.

Viendo el aspecto de la vivienda, no resultaba difícil saber lo que había pasado. El tejado estaba parcialmente derrumbado por los vientos y la dejadez. La puerta estaba aún en el umbral, allí donde había caído. Estudió la madera astillada. La naturaleza no había derribado esa puerta. Caminó alrededor de la casa. Ese era el lugar en el que, según la anciana Lyba, el viejo había sido atacado por la criatura. ¿Por qué allí, y no en cualquier otro lugar? Entonces vio las dos tumbas. Estaban a una docena de pasos de la casa, y apenas eran visibles desde la vereda. La maleza parecía haberlas respetado un tanto y un puñado de piedras señalaba el lugar de reposo de esas almas.

Entró en la casa abandonada, sabiendo de antemano lo que iba a encontrar. La violencia del ser humano se mezclaba con la de la naturaleza. Había restos de barro y ramas arrastradas por las tormentas, y los pocos muebles estaban caídos o destrozados

## El peso del acero

por las inclemencias del tiempo. Apestaba a madera vieja y podrida, y el sol entraba a raudales por el agujero que había dejado el tejado al derrumbarse, sembrando el interior de claroscuros. Sin embargo, pudo ver los indicios.

Una línea en la madera, demasiado recta y regular como para no ser el beso de una hoja de acero. Las puertas de un pequeño armario, arrancadas de sus goznes tallados por manos ávidas. Domenec había visto esos signos demasiado a menudo, y sabía distinguir la violencia de la naturaleza de la violencia de los hombres. Ésta última siempre tenía un propósito. Tardó poco en encontrar las manchas de sangre oscura y vieja, que ni la lluvia ni el tiempo habían podido borrar del todo. Pudo imaginarse lo que había ocurrido.

Soldados ebrios de victoria, de sangre y de muerte, derribando la puerta y entrando en la casa con el acero desnudo. Quizá llevaban los colores del Rey o quizá los de la reina derrotada en esa última guerra; poco importaba. Esos colores les daban el derecho a tomar lo que se les antojara. Quienes habían vivido allí les habrían entregado cuanto tuviesen a cambio de sus vidas, pero los soldados eran hombres rotos, acostumbrados a pagar el precio de la guerra. Y querían más. Siempre querían más. Y las mujeres siempre pagaban el precio más alto.

El peso de la enorme espada hacía que la correa que le cruzaba el pecho se le clavase profundamente en el hombro. Le recordaba que la guerra podía sacar a luz la oscuridad que moraba en los corazones, pero que eso no era una excusa. No había excusas.

Un crujido procedente de un agujero oscuro y oculto parcialmente por maderas caídas. Escuchó otro crujido y luego el sonido de pies arrastrándose en la oscuridad. Algo se movía allí. El forastero se acercó cautelosamente, poniendo primero un pie y después otro, muy despacio. No echó mano ni de su espada ni del puñal, sino que se arrodilló frente a la forma que se perfilaba en la oscuridad. No tenía miedo, porque allí no había ningún monstruo.

—No tengas miedo —le susurró al niño—. No voy a hacerte daño.

Esperó, sorbiendo por la nariz. Sólo el silencio le respondió.

—Siento lo que te ha pasado.

Trató de darle a su voz áspera un tono tranquilizador, pero sabía que era inútil. Difícilmente un hombre armado podía evocar algo bueno en esa criatura. Un sonido salió de entre las sombras. Algo a medio camino entre un siseo y un gruñido. Se arriesgó a avanzar un paso más y vislumbró un cuerpo flaco y pequeño, una enmarañada mata de pelo y unos ojos animales. No era más que un muchacho.

—En la última guerra... —le susurró el forastero—. No eras más que un renacuajo, ¿eh? Y te lo quitaron todo. A tu madre, a tu padre. Pero también el habla. Y lo que te hacía humano.

Ese niño también había pagado el precio más alto de la guerra. Se preguntó cómo habría sobrevivido tanto tiempo en los bosques, huyendo de las personas a las que había aprendido a temer, atacando rápido y sin piedad cuando se sentía atrapado. Como cuando se topó con el viejo Coll. Era extraordinario pero no imposible.

El forastero había escuchado ese tipo de historias antes. Huérfanos a los que los horrores de la guerra impulsaban más allá de la condición humana, marcados por las heridas del alma demasiado jóvenes, tanto que no podían recordar el camino de vuelta. Y quedaban para siempre atrapados entre el reino de los humanos y el de las bestias. Lir le había contado esas historias: Aodh, amada sólo por el fuego; Fiachra y Conn, más cisnes que hombres.

Domenec y el niño se miraban, cada uno con la mirada perdida en los ojos del otro. Uno en tensión, otro sin saber qué hacer. La cara pequeña se arrugó en una mueca temerosa y de la boca sucia salió un siseo de aviso. Sus dedos eran largos y finos, y se doblaban como garfios, expectantes. El forastero ya sabía que podían arrancarle los ojos a un hombre desprevenido. Retrocedió un paso.

—No voy a hacerte daño —repitió, ignorando si las palabras significaban algo para el muchacho.

—¿Está ahí *él*?

## El peso del acero

Domenec se giró al tiempo que del agujero oscuro salía un chillido que difícilmente parecía humano. En el umbral, junto a la puerta caída y astillada, Pádraic le miraba con la cabeza ladeada. Tenía el gorro bien calado sobre la frente y un arco en la espalda. Debía moverse con un extraordinario sigilo para no arrancar ni un solo ruido del suelo del camino ni de la madera vieja.

—No te acerques —le advirtió el forastero.

—¿Es el fomoré? —preguntó el joven celta, entrando en la casa. Parecía hablar casi para él mismo—. La estirpe de Elatha...

—No des un paso más, Pádraic.

El joven pareció salir de su ensimismamiento. Sus ojos encontraron los de Domenec, que se estaba poniendo lentamente en pie. Los ojos de Pádraic era rapaces, fieros. Su mano se movía lentamente hacia un cuchillo que pendía de su cinto.

—No voy a dejar que lo mates, hijo de Lir.

Detrás de Domenec, el niño volvió a ulular casi como una bestia.

—No es ningún monstruo —dijo el forastero, manteniendo las manos bien alejadas de sus armas—. Sólo es un niño. Un hijo de la última guerra.

—¿Un niño?

Pádraic ladeó la cabeza, confundido. Los flecos de su gorro de cuero oscilaron enmarcándole la cara. El muchacho volvió a chillar como un animal salvaje. El joven celta frunció el ceño.

—Parece... una advertencia.

Domenec aguzó el oído. No notaba nada, aparte del ambiente denso de la casa y del sonido de su propia respiración. Pádraic ladeó aún más la cabeza.

—¡Vienen! —dijo.

Sin dudarle un instante, giró sobre sus talones y se plantó frente al umbral de la casa, bloqueando la entrada. El forastero avanzó unos pasos y echó un vistazo desde el interior, aprovechando su altura para mirar por encima del hombro del celta.

A paso lento, por el camino que venía del pueblo ascendían lentamente varias personas. Emeric y Aldo iban los primeros, y parecían arrastrar el peso de una dura resaca. Les seguía Moritz,

que parecía menos afectado por los vapores del alcohol, aunque su tez tenía el color de la cera blanca. Sus amuletos se bamboleaban en su cuello como si ellos aún estuviesen borrachos de la noche anterior. Tem cerraba la comitiva, varios pasos por detrás, con el laúd al alcance de la mano.

El forastero contemplaba a Pádraic desde atrás, por lo que sólo podía verle la espalda y la parte de atrás del gorro de cuero. Había colocado una flecha en el arco y, aunque aún no había tensado la cuerda, los hombros del joven estaban tan rígidos como un puño antes de golpear.

—¡Alto! —gritó el joven a pleno pulmón.

La comitiva se detuvo. Como respuesta al grito, el niño aulló desde su escondite. Domenec lanzó una maldición en voz baja y siguió estudiando la escena desde la oscuridad del interior de la casa. Emeric estaba alzando sus enormes manos en un gesto tranquilizador.

—Veo que has llegado antes, cazador. Pero no hagamos de eso un problema, ¿de acuerdo? Mataremos entre todos a ese duende y nos repartiremos la recompensa. Hay suficiente para todos. No te hagas matar inútilmente.

Aldo y Moritz sonrieron, asintiendo. El forastero no pudo ver la expresión de Pádraic, pero sí vio el gesto de preocupación de Temard, que comenzó a retroceder lentamente hacia la seguridad los árboles, apartándose del camino.

El joven celta se llevó una mano al gorro de cuero, quitándose y mostrando los mechones de cabello rojizo. Después, volvió a sujetar el arco y la flecha. Desde donde estaba, Domenec podía ver cómo el pulgar del joven acariciaba la pluma gris de la flecha con la ternura de un amante atento.

—Si dais un paso más, moriréis —dijo Pádraic, y añadió con desprecio:— *Ghallaibh*.

Moritz dio un respingo y dibujó en el aire un signo contra el mal de ojo. Su pulso temblaba.

—Esa lengua... ¡Es una maldición celta! ¡Un hechizo!

—¿Un demonio azul? —gritó Aldo.

## El peso del acero

Emeric gruñó y dio un paso al frente. El cazador alzó el arco, tensando la cuerda y llevándose el extremo emplumado de la flecha hasta la mejilla.

—No es ningún encantamiento —gruñó el forastero, saliendo con pasos pesados del interior de la casa y situándose junto a Pádraic—. Es un insulto. Significa «usurpador».

Aldo le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y tú eso como lo sabes...?

—Eso da igual —cortó Domenec—. Ahí dentro no hay ningún duende, ningún espíritu, ni ningún monstruo. Nunca lo hubo. Sólo es un niño, un huérfano, que ha estado sobreviviendo desde la última guerra, esclavo del lado animal de su naturaleza. Nadie se llevará ninguna recompensa.

Aldo escupió al suelo y luego comenzó a patearlo, con rabia.

—¡Por las enaguas de la Gracia! —maldijo Emeric a su lado, torciendo el gesto.

Sólo Moritz tenía en la mirada un brillo calculador en sus ojos. Se acariciaba la barba retorcida entre dos dedos.

—Aún queda una opción —dijo, curvando los labios en una sonrisa—. Existen maneras de teñir la piel y de dar forma al cuerpo, como a veces se hace con las piezas de caza para que sigan pareciendo fieras. Podríamos hacerlo, ¿no? Aún podemos llevarnos la recompensa.

—Sólo es un rapaz medio loco.... —comenzó Aldo, en cuyo rostro comenzaba a aparecer una sonrisa.

—...que vale una pieza de oro —terminó Emeric, descolgando de su cinto un hacha de aspecto contundente.

Era obvio que los mercenarios habían matado por mucho menos. Domenec y Pádraic intercambiaron una mirada. El forastero asintió y comenzó a llevar una mano a la empuñadura de la espada. Algo crujió detrás de ellos. La figura menuda y flaca del chico les miraba desde el umbral, sus ojos desorbitados de pájaro les miraban desde detrás de la cortina de pelo enmarañado. Durante un segundo se quedó inmóvil, como un corzo alertado por un crujido de la maleza. Después, echó a correr hacia los árboles a grandes zancadas.

—¡Cogedle! —aulló Moritz haciendo grandes aspavientos con los brazos.

Los mercenarios cargaron al unísono lanzando un grito de guerra. Pádraic dejó volar la flecha, que detuvo en seco la carrera de Aldo, clavándose profundamente en su garganta. Trató de sacar un nuevo proyectil, pero tenía al segundo mercenario casi encima. El forastero atrapó el hacha con el filo de su espada y desvió el golpe que se dirigía a la sien del cazador. El impacto recorrió la hoja de la espada hasta su brazo y le hizo lanzar un gruñido. Emeric liberó su arma y lanzó un golpe rápido que pasó a sólo un palmo de la nariz de Domenec y le hizo entrecerrar los ojos. Pero la media luna del hacha trazó un arco demasiado fuerte, demasiado amplio, y eso era todo lo que hacía falta. El forastero blandió el acero. El rostro de Emeric desapareció en una nube húmeda y roja, y el cráneo destrozado cayó en la vereda cubierta de hojas.

Domenec y Pádraic se giraron, uno con el acero cubierto una vez más de sangre, otro con una nueva flecha en el arco, pero Moritz ya no era una amenaza. Tem lo tenía atrapado con sus fuertes brazos de antiguo soldado, y el charlatán gemía y trataba de liberarse sin éxito.

—¡Es una pieza de oro, insensatos! Podemos repartirla.

El bardo le hizo callar de un golpe en el estómago que le dejó boqueando en busca de aire y comenzó a arrastrarle hasta donde estaban ellos dos.

—¿Por qué? —murmuró el celta.

Tenía el rostro arrebolado por la emoción de la breve batalla. El forastero no tenía la certeza de si preguntaba por qué había luchado por el niño o por qué le había salvado la vida. Ambas preguntas tenían una sola respuesta, pero Tem ya había llegado hasta ellos con su prisionero.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Pádraic.

Temard miró los cuerpos de los mercenarios. Las piernas de Emeric aún seguían moviéndose con leves espasmos, como si no pudiesen aceptar el hecho de que el resto del cuerpo había muerto.

## El peso del acero

—No podemos matarle, no a sangre fría —dijo, manteniendo a Moritz aún sujeto por el cuello de la túnica.

El forastero negó con la cabeza.

—No podemos dejarle marchar. El niño vale una pieza de oro. Volverá a por él, quizá con otros iguales que Aldo y Emeric.

—Domenec tiene razón —apuntó Pádraic—. Tiene ansia de oro, esa enfermedad que envenena a vuestro pueblo. No tiene cura.

—Podemos encontrar al niño, llevarlo al pueblo, hacer que sea criado como una persona —respondió Tem.

El cazador celta ladeó la cabeza, pensativo.

—Ese niño está más allá de nuestro alcance. No sólo su alma, ya perdida y dominada por lo que ha sufrido. Sino también su cuerpo. ¿Sabes cuántos años han pasado desde la última guerra?

Tem se tironeó de la barba, tenso.

—Quizá su alma pueda recuperarse.

—Quizá —El forastero alzó los ojos hacia el cielo, y después los clavó en la tierra roja—. Pero yo no estaré aquí para verlo. Tengo un camino que recorrer.

—Este niño...

—Ha sufrido —asintió Domenec—. Al igual que muchos otros. La única diferencia es que éste lo tenemos delante. No soy uno de los profetas de la Revelación de la Gracia. Sólo soy un forastero.

El bardo miró a Pádraic, pero el joven negó con la cabeza. Temard resopló.

—Tiene que haber algo que se pueda hacer por él.

Domenec apartó la mirada de la sangre que manchaba el sendero y fijó los ojos en Moritz.

—Lo hay.

—¿Y qué vais a hacer? —rugió Tem, señalando al encogido Moritz, que les miraba con ojos preñados de súplica—. ¿Rebanarle el cuello a un hombre indefenso? ¿A sangre fría?

—¿Qué otra opción tenemos? —preguntó Domenec.

—¡Serás igual que ellos! —El músico le señalaba con un dedo acusador—. ¿Qué derecho tienes a matarle?

El forastero le miró durante un largo momento.

—¿Qué derecho tengo a dejarle vivir?

—No puedo quedarme a ver esto.

Tem soltó al charlatán y retrocedió, asqueado. Se empezó a alejar hacia el pueblo con pasos airados.

—Vete, Tem —gruñó Domenec—. Tus manos seguirán limpias. Otros haremos lo que es necesario.

No quiso demorar más lo inevitable, ni dar a Moritz tiempo para suplicar. La hoja entró y salió, y otro hombre más había muerto antes de que las anchas espaldas del músico desaparecieran por el camino.

—Era lo que había que hacer —dijo Pádraic.

—Sí. Y pese a eso son mis manos las únicas que se han manchado de esta sangre.

—Ese golpe de hacha te ha pasado tan cerca... Creí que Emeric te había matado.

—Descuida, cazador, ya sé cuál será mi final. Etain me matará.

—Eso será si te encuentra, ¿no es cierto?

—No será difícil —murmuró amargamente el forastero—. No tiene más que seguir los cuerpos.

—Ella entenderá tus razones. Eres un buen hombre.

—No lo creo, Pádraic. Ninguna de las dos cosas. No somos los hermanos cisnes de la canción. Nosotros, los verdaderos Hijos de Lir, nos devoramos unos a otros.

El celta miró hacia Cruce del Calderero, y después atrás, hacia el lugar donde el niño había desaparecido. Sus manos temblaban y el arco se sacudía casi imperceptiblemente entre ellas.

—¿Es la primera vez que matas a un hombre?

Pádraic asintió con la mirada clavada en la muralla de árboles. Domenec vio que tenía los dientes apretados.

—Tómame un momento si lo necesitas —le dijo.

El joven celta frunció el ceño.

—No necesito un momento —gruñó, pero el temblor de sus manos le traicionaba.

El forastero sacudió la cabeza, restándole importancia.

## El peso del acero

—Tus manos no dudaron cuando llegó el momento. Eso lo que importa. No dice nada malo de ti que tiemblen ahora.

—¿Y qué dice de mí? —preguntó Pádraic con un eco de amargura en la voz.

—Que eres humano.

El celta parpadeó y se giró completamente hacia el bosque, hacia donde el muchacho había desaparecido. Habían comprado su vida con sangre. El forastero sabía que no era un precio fácil de pagar. Al principio. Pádraic se volvió hacia él.

—Me has salvado la vida.

—Sí —repuso Domenec.

—Mi deuda...

—Sé lo que vas a decir —le cortó—. La muerte y la vida, la lengua menguante, y todas esas cosas. Los juramentos ya no valen nada, la última guerra se los llevó a todos. Y las antiguas sendas han muerto.

Domenec limpió el acero en la ropa de los muertos y lo envainó con un golpe seco. Pádraic lo miraba en silencio. Vio la sombra de una pregunta en sus ojos, pero él no podía responderla.

—Tengo mi propio camino, muchacho. Y tú no formas parte de él.

Pádraic recogió el gorro de cuero, cubierto de flecos, y se lo caló profundamente en la cabeza, ocultando su pelo rojizo de celta. Caminó hacia la línea de árboles sin decir palabra, y el bosque pareció tragárselo.

El forastero desapareció esa misma noche, tirando de las muelas de su fea mula, como si nunca hubiese pasado por Cruce del Calderero. Varias leguas por detrás, una mujer vengativa seguía un rastro de cadáveres.

Esta es una muestra de esta novela que tiene 400 páginas llenas de aventuras y personajes increíbles. Si te interesa leerla completa puedes comprar su versión impresa (solo para Perú) o su versión digital en AMAZON:

<https://www.amazon.es/dp/B07HCWVVQL>

Cualquier duda o consulta, nos pueden escribir a [hector@acuedi.org](mailto:hector@acuedi.org)